

—¿No era mucho más cristiano fusilarme que dejarme morir de hambre?

—¡Hambre! ¡Ay, señor! ¡Esta es la palabra cuyos efectos temo más en el mundo!

—Lo creo, Antonio. ¡Cuando los temo yo!... Mucho más si, como tú dices, se come oro en San Sebastián.

—¡Si nos hubieran mandado á Arévalo!... Allí, como sabéis, va todo casi de balde.

—Por eso estoy triste... Triste como una lamentación de Jeremías... Vamos á San Sebastián, pero ¡quién sabe si volveremos en el estado de momias!

—¡Terrible estado debe ser ese! Yo no he visto más que una, pero os juro que no me dió envidia... Nada, no hay más que ingeniarse en el juego...

—¡Pero, necio, con el cubilete ó los naipes, de dos que jueguen pierde uno, y ése puedo ser yo!

—Pues en caso tan apurado aun nos queda un recurso.

—¿Cuál? Dime cuál es, y te proclamo como el hombre más ingenioso del mundo.

—Pedir dinero á Adelina, ó á vuestra sultana. ¿Para qué le sirven á un hombre las sultanas?

—Mira, Antonio, es preciso que yo tenga mucha pereza en levantar la mano para no darte la paliza más tremenda que ha recibido un criado de su señor. ¡Pedir dinero á mujeres! ¡Sabes tú, infame, lo que esto significa! Antes me has propuesto el oficio de tahir; ahora me propones el de rufián... Pide á Dios

que no dé en el de mercader de carne y te venda en la costa de Africa... Aunque me parece que con lo que dieran por tí apenas tendría para un plato de jigote en un figón.

Antonio elevó sus miradas al cielo, como quien dice: —«¡Qué estúpido é ingrato es el hombre con aquel que bien le sirve!»

En estos ó parecidos diálogos entretuvieron tres días de camino sin hacer grandes jornadas.

Juan se iba entristeciendo más y más.

Lo que era otoño en Castilla se tornó en invierno al llegar á Burgos.

Allí había nieve, y sabido es que la nieve entristece al que no ha nacido en latitudes polares.

Los poetas la llaman «sábana que envuelve las rocas»; pero Juan, que no era granito, sólo admitía las sábanas en la cama.

Algunas veces tenía que caminar á pie, llevando del diestro el caballo para que no se le entumeciesen las piernas.

Antonio le imitaba, suspirando tristemente.

Interrogado por su amo, le contestó:

—Señor, mis suspiros dimanán de una causa muy natural: vamos hacia el Norte; dicen que el frío despierta el apetito: los habitantes de ciertas regiones polares pasan comiendo veinte horas de las veinticuatro que tiene el día; las restantes las pasan en dormir; á

nosotros nos va á suceder lo contrario con nuestra falta de recursos: vamos á dormir veinte horas y á comer cuatro; y ¿qué comeremos? ¡Raices del campo, como ciertos roedores!

—Lo cual quiere decir que cuando regresemos á la corte tendremos que ir agitando una campanilla como el leproso, no para que huyan de nosotros, sino para que no nos atropellen, porque no nos verán: habremos perdido hasta la proyección...

—¡Ay, señor! ¡Por qué no habremos seguido en el refectorio de los jerónimos!

—¿Olvidas que allí mi *buen* tío fray Bernardo me amenazaba con el ayuno y con el *in pace*?

—¡Veo que este mundo está muy mal organizado! ¡En todas partes tiene el hombre un hueso que roer!

Salieron de Burgos un viernes por la mañana.

Sobre esto hubo controversia.

Antonio decía, apoyándose en textos muy dignos de tomarse en cuenta, que en tal día no era posible que les sucediese nada bueno, porque el viernes era el día aciago de la semana.

A esto le replicaba su amo que el día terrible era el martes.

Los dos aducían opiniones de respetables sabios de la antigüedad; ejemplos elocuentísimos, de los que debía deducirse que los sabios de todas las épocas no han sabido nunca lo que se pescaban, incluso Simón



Pedro, que era el azote de los peces de Tiberíades, según el texto bíblico.

De aquí dimanó el que Antonio, que iba triste desde su salida de Madrid, estuviese aquel día sombrío.

Nada de particular les sucedió hasta llegar la tarde.

Caminaban por la carretera general.

Eran las tres.

A la derecha, en un campo de agavanzos, vieron pacer una burra.

A la verdad que esto no tenía nada de particular, ni era cosa para que llamase su atención, porque los agavanzos estaban verdes y la burra hambrienta.

Caminaban al paso de sus cabalgaduras, como quien no tiene prisa en llegar al punto donde se dirige.

A una prisión siempre se llega pronto, por más que uno tarde.

Se habían alejado unas cuatro varas del prado de los agavanzos y de la burra, cuando llegó una voz á su oído que decía:

—¡Juan!... ¡Juan!...

Ambos se detuvieron, mirando inútilmente á la derecha y á la izquierda.

No podía ser ilusión, porque los dos habían oído lo mismo.

Pero como el llamamiento no se repitió, prosiguieron diciendo:

Juan:

— ¡Yo creí que me llamaban!

Antonio:

—¡Me pareció que nombraban á mi señor!

Pero apenas se habían alejado algunos pasos, cuando el animal rebuznó, permitiendo oír otra vez:

—¡Juan! ¡Juan!

Amo y criado volvieron á detenerse; ya no era posible dudar.

La voz fué más explícita, y añadió:

—¡Querido sobrino!

Antonio se puso á temblar, y acercándose á su amo, le dijo:

—¡No se ve á nadie más que á la burra!... ¡Os llama!... Sin duda es la burra de Balaam, la cual, según los sagrados textos...

—¡Pero, imbécil! —interrumpió Juan,—por mucho honor que para mí resultara, por ser animal tan ilustre, ¿crees que entre mis ascendientes haya una burra, siquier sea Balaam su amo?

—Ello es cierto que á nadie se ve.

—¡Pero hablar una burra!

—El milagro de entonces puede repetirse ahora, no lo dudéis.

—Si fuera un burro, no digo: hay muchos que hablan..., hasta en la corte.

—¡Pues yo os digo que ha sido la burra!

—Pues yo te digo que no me considero sobrino suyo

—Ello es cierto que aquí no hay nadie más que ese animal, y que alguien ha hablado... Partamos, señor;

esos agavanzos tienen un verde sombrío... Tal vez sea un respiradero del infierno.

—Sí, sí, partamos.

—Bien os dije yo, que en la semana hay un día aciago, y es el viernes.

Iban á meter la espuela á sus respectivas cabalgaduras, cuando Juan se detuvo, y mirando hacia el lado opuesto adonde estaba la burra, exclamó:

—Me parece que allí veo moverse alguna cosa...

—En efecto,—dijo Antonio, mirando á su vez.—Es una masa informe... *Pondus immobile*.

Como se ve, había aprendido algún latín durante su estancia entre los jerónimos.

—¡Ah!... ¡Sí, Dios mío!... ¡Un fraile!...

—¿Un fraile?

—¡Y franciscano! ¿No ves su hábito gris?

—En efecto...

—¡Y se dirige hacia nosotros, corriendo y haciéndonos señas!...

—¿Señas, y franciscano? Vendrá á pedirnos limosna. Picad espuelas, señor.

—Espera... ¡Ah!... No, no puede ser... ¡Pero, Dios mío, tengo telarañas!

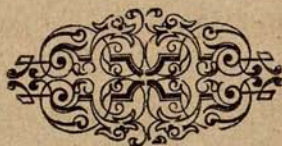
Y el joven se frotaba los ojos, como si alguna sombra le impidiese ver.

En efecto, se acercaba un fraile ventrudo, vestido de franciscano.

Al llegar á la linde del camino se quitó la barba, mejor que lo hubiera hecho un barbero loco.

Juan lanzó un grito, se precipitó del caballo, y corrió á su encuentro con los brazos abiertos, mientras que Antonio, que nada comprendía de aquella pantomima, exclamaba:

—¡Pues, señor, no era la burra!





CAPITULO LXVI

Un fraile de pega.



os cosas llamaron la atención al criado: que el fraile se despojara de la barba con tanta ligereza, y que su amo, estrechándole entre sus brazos, exclamara:

—¡Pero, tío, vos aquí!

Antonio se frotó los ojos como antes se los había frotado el joven haciendo por reconocer á su tío.

Sin duda se trataba de fray Bernardo, que se había cortado la coleta como jerónimo, para dejársela crecer como franciscano.

Pero no, aquél no era el prior, ni tampoco era

cosa probable que estuviese allí de aquella guisa, con barba postiza.

Y era que el criado no se acordaba de aquel otro tío don Pablo Olavide, sentenciado por la Inquisición.

Se aproximó, y fué necesario que oyese á Juan para que cayese en la cuenta.

—¡Vos aquí, tío Pablo!—exclamaba el joven.

—¡Silencio, desventurado! ¿Quieres perderme?—dijo Olavide.

Luégo prosiguió, ajustando nuevamente la barba á su rostro:

—Ahora que me has reconocido, vuelvo á mi incógnito: yo soy el hermano Pablo de San Francisco.

—¿Por lo visto un fraile de pega?

—Exactamente.

—Pero ¿qué significa?...

—Me explicaré, encomendándome á tu prudencia y á la del bobalicón de tu criado, cuyos ojos parecen las ruedas delanteras de una galera.

—¡Oh! Sí sí, hablad: yo respondo de Antonio.

—Ya sabes que el Santo Oficio me condenó á reclusión temporal por ocho años.

—Sí, en el convento de Sahagún, según creo.

—Es verdad: allí se pasa muy mal la vida; los frailes le miran á uno de reajo: luégo, lecturas piadosas por la mañana, y al mediodía, y por la tarde, y por la noche, ayuno todos los días y flagelaciones tres veces á la semana.

—¡Pardiez! ¡No os ha faltado más que el *in pace* de los jerónimos!

—Acostumbrado yo al aire libre, no tardé en enfermar; puedo decir que tenía una calentura mística, la calentura del breviario, que iba disminuyendo mi salud de una manera visible. Un fraile que sabía algo de medicina, conociendo mi enfermedad, suprimió el breviario, el cilicio y los ayunos.

Pero esto no era bastante: yo languidecía como una colegiala que tiene pasión de ánimo por un seminarista.

Mi principal dolencia era aquella casa, aquellas vetustas y denegridas paredes que se me caían encima desde que abría los ojos hasta que los cerraba.

Me hacían creer que era una gloria deseable habitar la misma casa que habitó don Ramiro, el rey monje; pero yo pedía aire en vez de gloria, libertad en lugar de memorias históricas que nada aprovechaban á mi salud.

Aquel buen fraile me recetó las aguas de Busot, en Valencia; pero á los quince días me sentí peor. Desde allí me mandaron á Mondragón, en donde recobré, en efecto, la salud con el uso de sus aguas.

He de advertirte que caminaba solo bajo mi palabra de honor.

Partí de aquellos baños con ánimo resuelto de volver á mi convento de Sahagún; pero en el camino me asaltó el deseo de libertad, acordándome de lo que iba á sufrir nuevamente; pues una vez restablecido

volverían á empezar los ayunos, el cilicio y las lecturas piadosas.

Siempre he tenido por estúpido al pájaro que vuelve á su jaula voluntariamente después de haberse escapado.

Estuve vacilando dos días sobre el partido que me convenía adoptar.

Te confieso que me seducía el de pasar á Francia por el Pirineo.

—¡Como á mí y á otro cualquiera!

—Para ello era preciso adoptar un disfraz: un hábito, una barba postiza y una burra era todo lo que me hacía falta.

Un fraile mendicante va por doquiera sin que á nadie se le ocurra preguntarle los años que tiene.

Pero esto de haber dado mi palabra de volver me escarabajeaba un poco en la conciencia.

—¡El aire de la libertad es muy tentador! Yo he estado preso.

—¡Y yo también!—añadió por lo bajo Antonio.

—Quise tentar al destino del siguiente modo, y dije al salir de la posada: «Si la burra se dirige hacia Sahagún, vuelvo al monasterio; pero si vuelve grupa, entonces Francia sea conmigo.»

Juan no pudo menos de reirse del extraño expediente.

—Cuando os veo en este camino,—dijo,—es prueba de que la burra os le ha indicado.

—Por espacio de tres veces. La última la tuve un

día sin comer; hice que pusieran una espuerta de cebada del lado de Sahagún...

—¡Y la abandonó!

—Por unas mielgas que había en la parte opuesta. Como ves, no pude hacer más: la misma burra me aconsejaba el camino que debía seguir; vacilar, era ir contra el destino, y aquí me tienes.

—¿Con dirección á Francia?

—Precisamente; pero yo declino toda mi responsabilidad en ese animal: obra suya es mi fuga.

—Sin embargo, si os descubren, vos seréis el castigado y no ella.

—Lo cual no dejará de ser una injusticia. Pero ¿y tú?

—Yo también viajo, aunque el Estado es mi burra; es decir, el que me conduce desterrado á San Sebastián.

—¡Desterrado! Pues ¿qué has hecho para que te destierren?

—Defender á una dama...

—¡Y medio matar á su marido!—interrumpió Antonio.

—¿Comprendéis esto, tío? ¿Se puede vivir en una corte que premia con el destierro actos de esta naturaleza?

Y Juan relató á su tío lo que saben ya nuestros lectores, desde su arresto por haberse batido dentro de palacio.

Don Pablo rió no poco al escuchar á su sobrino,

que hacía su relación con el aire más compungido del mundo.

—¡Pues con todo, no has librado mal, bribonzuelo!

—Eso es lo que yo le digo.

—Un año se pasa pronto.

—Si abundara el dinero, se nos acabaría más pronto; pero ese dicho año va á durar más de lo que nos conviene.

—¿Dices que te diriges á San Sebastián?

—Ese es el punto de mi destierro.

—Entonces vamos juntos.

—Iba á proponérselo.

—Lejos de servirnos de estorbo, podemos favorecer-nos mutuamente.

—Desde luégo.

—¡Si pudieras encontrarme pasaje en ese puerto para algún barco que diese la vela para Francia!

—¡Quién sabe! Por de pronto no despertemos sospechas, que es lo que nos conviene.

—Oye; nada de tío y sobrino: tú me llamarás á mí padre, y yo á ti hermano.

—Ya lo oyes, badulaque, —dijo Juan á su criado.— Es preciso que no cometas ninguna indiscreción.

Desde aquel momento empezó Antonio á temblar; iban en compañía de un reo escapado al Santo Oficio.

Si le descubrían, su amo y él serían tomados por cómplices.

Y en realidad lo eran

Pero Antonio tenía muy buen criterio, que le obligaba á hacerse cargo de todo.

¿Iba el sobrino á delatar al tío, á quien debía tanto?... ¿Podía delatarle él, que había comido más de una vez gracias á su munificencia?

No era posible.

Además, su seguridad personal le obligaba á callar.

El día pasó muy agradablemente: el tío y el sobrino se consolaban, bendiciendo la casualidad que los había juntado.

—No me atrevo á aconsejarte que me acompañes á Francia, —le decía Olavide, —porque eso sería desertar de tus banderas y cerrarte la puerta del porvenir; por otra parte, corrías el riesgo de que te fusilaran.

—*¡Libera nos, Domine!* —exclamó Antonio, sin saber lo que decía.

—No espero que pases un año en San Sebastián...

—¡Pché!...

—A menos que hagas alguna nueva calaverada.

—¡Aun así, tengo buen padrino!

—¿El diablo? —replicó Olavide, riéndose.

—Justamente.

—Sobrino, mucho cuidado con lo que dices; yo no he afirmado la mitad, y ya ves lo que me pasa.

—Abrigo la creencia de que mi diablo puede con el Santo Oficio.

—¡Este chico se ha empeñado en que le tuesten!

—*¡De profundis clamavit!*... —murmuró Antonio.

Juan volvió la cabeza, diciéndole:

—¡Si te vuelvo á oír hablar en latín, voy á colgarte de un árbol para que te transformes en cecinal!

—¡Como vamos en compañía de un religioso!...

Y señalaba á Olavide.

El pobre muchacho iba con el alma en un hilo: el más pequeño ruido de una piedra que rodaba, de una rama que se rompía, le hacía volver la cabeza asustado.

En cada trajinante que se cruzaba con ellos en el camino creía ver un corchete, destacado por el Santo Oficio para dar con todos tres en la hoguera.

Si por casualidad se deslizaba esta palabra en la conversación, se santiguaba apresuradamente, entonando el *Confiteor* y el *Trisagio*, y cuanto latín sabía, viniese ó no á pelo, á pesar de la prohibición de su amo.

Estaba deseando separarse de Olavide, cuyo hábito le olía á chamusquina.

Por de pronto no comprendía que se huyera de aquel modo de un convento, cuando él hubiera dado cualquier cosa por hallarse á la sazón en el de San Jerónimo.

Era ya la tarde cuando llegaron á una pequeña aldea situada entre Lumbier y Domeño.

Allí hicieron alto para comer; Antonio especialmente iba casi exánime, á pesar de haber consumido, aprovechándose de la conversación, las provisiones de

una buena alforja que iba atada á la silla de su cabalgadura.

Los tres lo hicieron bien, quedándose admirado el posadero de las buenas disposiciones del franciscano, el cual, para disimular, dijo que tenía bula del padre santo para comer carne, con tal de que fuese de cordero, por aquello de *qui tollis peccata mundi*.

Aquél no entendió estas últimas palabras, ni hizo por entenderlas.

Bastábale saber que en la cuenta iba á subir más la carne que el abadejo.

Empezaba á declinar el sol; la tarde era templada y suave.

Jinetes y caballos habían tomado el oportuno descanso; y como ni para Olavide ni para nadie era aquél el camino del convento de los capuchinos de Murcia, punto de su destierro, no se encontraba muy seguro en territorio español, y tenía prisa de ganar la frontera.

Comunicó sus temores á su sobrino; y como la tarde por lo apacible convidaba á viajar, no tuvieron inconveniente en emprender de nuevo la jornada, con gran descontentamiento del posadero y de Antonio: aquél por la ganancia que perdía, y éste por el reposo que dejaba.

—¡Vais á partir!—preguntó el primero con algún asombro.

—Sí,—contestó Juan.—Este buen religioso tiene precisión de estar mañana á la noche en Hernani, y yo

debo acompañarle, porque mi destierro me lleva más allá.

—¡Cáspita! ¡Una jornada de veinte leguas!

—Haremos descanso esta noche.

—¿Sois del país? Dispensad la pregunta, señor caballero.

—No tal.

—¡Bien se conoce!

—¿Por qué?

—Por el empeño que mostráis en partir.

—Y ¿tiene que ver para ese empeño el que yo sea de aquí ó de la China?

—¡Puede!

—A ver si os explicáis, buen hombre.

—Es que dais á demostrar que estáis ignorante de lo que pasa.

—En efecto, no sabemos que pase nada de particular.

—Pues haríais bien en dejar que pasara la noche y partir con la luz del nuevo día, si queréis evitar el encuentro...

—¿De quién?

Y el posadero, bajando mucho la voz, contestó:

—De la Capitana.

—¿Qué significa eso?

—Un encuentro de los más terribles, después del del diablo..., y acaso antes que él, pues diz que el diablo va de prisa algunas veces, y no se detiene, mientras que la Capitana...

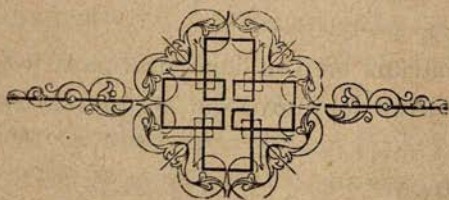
—Pero ¿qué mujer es ésa? ¿Acaso alguna maga, alguna bruja de estas montañas?

—¡Ta, ta, ta!... La Capitana es ella misma; no se la puede comparar con nadie...

—¿Hablaréis, con mil de á caballo?—dijo Olavide, olvidándose de sus hábitos de fraile.

—Pues bien: la Capitana lo es de una formidable banda de salteadores, que tiene el teatro de sus fechorías entre Lumbier y Sangüesa.

Juan soltó la carcajada; el prudente y meticoloso Antonio se encomendó á todos los santos de su devoción, y aun á los que no la obtenían.





CAPÍTULO LXVII

Allá se las hayan.



o os riáis, señor caballero! —dijo el buen hombre, adoptando un tono de formalidad, y aun de mal humor, al ver el poco crédito que merecía su palabra.

—Pero ¿qué queréis que haga? ¡A fe que la especie es chusca! ¡Una mujer mandando una partida de bandoleros!...

—Joven y hermosa.

—¿La habéis visto?—preguntó el fingido fraile.

—¡Dios me libre!

—¿Pues cómo han llegado á vuestros oídos las nuevas de su juventud y de su hermosura?

—Me remito al dicho de los pastores de la sierra de San Cristóbal, que la han encontrado alguna vez en su camino.

—Y ¿no se los ha comido?—exclamó el joven en tono de zumba.

—¡Vamos, señor capitán! .

—Un poco más bajo: soy alférez.

—Es lo mismo: vuelvo á repetiros que no os riáis; sobre todo, que vos y las personas que os acompañan permanezcáis aquí hasta que alumbre el día, pues el encuentro probable que os anuncio es lo peor que pudiera sucederos

—Pero ¿habláis de veras?

—¿Qué interés tendría yo en reteneros aquí con una fábula?

—Que, averiguada su falsedad, os costaría las orejas.

—Por lo mismo. ¿Creéis además que ganaría mucho crédito mi casa difundiendo yo falsas alarmas en el país?

—Quiero creerlos; pero decidme, ¿qué noticias corren respecto de esa mujer?

—Helas aquí.

Y el posadero tosió sin ganas, como debe hacerlo, y lo hace, no sabemos por qué, todo el que da comienzo á una relación.

En seguida habló de esta manera:

—Este era un país tranquilo, á pesar de haberlo perturbado hace tiempo los odios de *oñacinos* y *gam-*

boinos. No sé si vuestras mercedes estarán enterados...

—Sí, sí; adelante.

—Vivíamos en una balsa de aceite, como quien dice; cualquiera podía dejar la puerta abierta, teniendo la casa llena de dinero, en la confianza de que no le faltaría ni un maravedí.

Pues bien: una noche, hace tres años, desaparecieron de sus cuadras los mejores caballos del contorno, en número de cincuenta.

—¿En una misma noche?—preguntaron á la vez Olavide y su sobrino.

—Precisamente.

—¿Y no se notó?...

—Al pronto, nada.

—¿Y después?

—A los tres días fué asaltado y robado un caserío, siendo pasadas á cuchillo cuantas personas le habitaban, á excepción de una vieja, que pudo escapar á la matanza.

—¡Ah! ¡Una vieja!—exclamó Juan. —¡Qué duras de pelar son las condenadas! Siempre escurren el bulto.

—La cual dijo que en la noche anterior habían asaltado la casa muchos hombres con el rostro tiznado, como carboneros de la selva: iban al mando de uno, que cubría el suyo con un antifaz, quien, con la mayor tranquilidad, ordenó el degüello después del robo.

Aquellos hombres llevaban pistoletas y dagas al

cinto; al andar resonaban sus espuelas, lo que indicaba que habían ido á caballo.

El jefe pidió un vaso de vino, que le fué servido por uno de aquellos bandoleros.

Al acercarle á sus labios, cayó su antifaz, dejando descubierto un hermosísimo rostro de mujer, aunque de líneas duras y mirada de fuego.

— ¡La Capitana! — exclamó Juan, entusiasmado.

— Aquel hombre la dijo sonriéndose: — «¡Cuidado, Gertrudis, que el diablo vela!»

— No me disgusta ese nombre.

— A lo que ella contestó, volviéndose á cubrir: — «Los muertos, ni ven ni hablan: por eso yo nunca dejo vivos en mi camino.»

— ¡Valiente proveedora de cementerios!

— Cuando se alejaron de la casa, la vieja oyó muchas pisadas de caballos.

— ¡Pues! ¡Los robados tres noches antes!

— Probablemente.

— ¿Y después?

— Como os digo, los pastores han visto la partida completa algunas veces.

— Y ¿siempre es ella la que la manda?

— Siempre.

— ¿Vestida de hombre?

— Cabal: desde entonces los crímenes menudean, y no hay semana en que no se registre un golpe de mano, todos ellos á cual más audaces; causando admiración el que, si esta noche operan aquí, mañana al amanecer

cer se les ve á veinte leguas, como si el aire los llevase en sus alas.

—Y ¿eso dura ya tres años?

—Tres.

—Mucho me parece para tanta audacia.

—Los paisanos se guardan muy bien de perseguirlos, acordándose de que pueden encontrarse con ellos en el campo; varias partidas de tropa ligera lo han intentado alguna vez; pero en el momento de caer sobre ellos, se deshacen como la espuma: estas fragosas sierras les ofrecen la impunidad.

—¡Eso es lo que se llama tener bien organizada una partida!

—Con escándalo del país y mengua del gobierno, si lo sabe y lo consiente, — exclamó Olavide.

—¡Ya empieza á serme simpática esa bellísima capitana!

—¡Dios mío! — dijo Antonio, cruzando las manos, y acordándose del baile de la duquesa de Medinaceli.

—¿Se renovará el episodio de la sultana? ¡El cielo nos la depare buena!

Su terror subió de punto cuando su amo le dijo:

—Ensilla.

—¿Debemos partir después de lo que hemos oído? — le preguntó Olavide.

—Pero, tío, ¿vos creéis una palabra de lo que ha dicho ese hombre?

—¡Pché!... Puede ser mentira...; pero también puede ser verdad, aunque haya algo de exageración.

—¡Pero el peligro cierto para vos está aquí!

—Sí, á fe mía.

—Entonces, partamos.

—Te confieso que temo más á la Inquisición que á la Capitana.

—Partamos, pues.

Durante este breve diálogo, Antonio se había acercado al posadero, diciéndole por lo bajo:

—Aunque sea mentira, asegurad que esa mujer tiene predilección por derramar la sangre de los oficiales de la guardia valona...; inventad un cuento, con tal de que nos quedemos aquí esta noche, y yo os daré algunos reales de á ocho de mis sisas.

—¡Ensilla pronto! - repitió el alférez, que conocía el carácter *esforzado* del mozo.

Éste no tuvo más remedio que obedecer.

En tanto el posadero, lleno de buena fe, y pensando también un poco en la ganancia que pudieran dejarles, se esforzaba por convencer á Olavide y su sobrino

Tal vez pensaba:

—¿No es más justo que me quede yo con su dinero que no esos foragidos?

Se asomó á la puerta, y mostrándoles la falda de la montaña, que empezaba á oscurecerse, dijo:

—¡Ya lo veis, la noche llega!

—¡Es natural!—contestó el joven.—El día acaba.

—Es que la sombra disimula más cualquier emboscada.

—Pero ¿creéis que vamos desprevenidos, buen hombre, y que somos capaces de dejarnos matar como conejos?

—Vos y vuestro criado, ya lo sé..., aunque supongo que ese mozo no va á sacaros de ningún apuro; pero ese pobre religioso... No es lo mismo comerse un tasajo de cordero que habérselas con la Capitana.

—No os cuidéis de mí, buen hombre: yo confío en los *dieces* de mi rosario.

Y Olavide, al pronunciar estas palabras, apoyaba sus manos en la culata de dos pistolas que llevaba al cinto debajo del hábito.

Antonio apareció con los caballos del diestro y la burra del ronzal.

Casi lloraba.

Al montar sobre su jaco echó una mirada al mesón, exclamando:

—¡Qué bien se pasaría aquí la noche! En cambio, ¡sabe Dios si nos esperan los *mullidos* guijarros de algún derrumbadero!

—¡Señores, por última vez! —exclamó el posadero. — ¡Que esa mujer es la más cruel de toda la partida!

—No os dé cuidado por nosotros, —le contestó al joven. — Va en nuestra compañía un *capitán* que puede más que todas las *capitanas* de la sierra de San Cristóbal.

Pensaba en el diablo.

Después de saludar, metió espuelas al caballo y se

alejó, silbando una marcha que tocaban los clarines de su regimiento.

Olavide pensaba en la frontera.

Antonio iba mascullando el *trisaigio*.

En cuanto al posadero, se encogió de hombros y murmuró:

—¡Allá se las hayan! ¡Harto será que mañana no tengamos que rezar por sus almas!

A todo esto el crepúsculo iba espirando; y aunque la noche se presentaba clara, iba acompañada de su sombra natural.

La conversación entre el tío y el sobrino giró sobre lo que acababan de oír.

Juan se reía; Olavide le replicaba con cierta estoica indiferencia.

—No es nueva esa historia de latrocinios y asesinatos..., y desgraciadamente entre los hombres hay menos santos que criminales.

—¿Qué os parece de esa mujer, tío?

—Aun no la he visto.

—Yo creo que no existe más que en la mente de la vieja que escapó de la matanza, y en la de los pastores que sueñan con ella; pero, en todo caso, me la imagino una *virago*, que será más fea que un ajusticiado.

—¡Señor, Dios quiera que no tengamos ocasión de

convencernos de si es errado ó no vuestro juicio!—
repuso Antonio.

—A la verdad que tu obligación era ir á la descubierta.

—Eso se queda para los soldados: la obligación de todo servidor fiel y respetuoso es caminar detrás de su amo.

—¡Sobre todo cuando se tiene miedo!

La conversación iba enfriándose poco á poco, hasta que cesó de todo punto.

Esto consistió en el camino.

Después de atravesar una explanada que los separaba del pueblo una legua, empezaba á culebrear entre dos barrancos, que elevaban sus lomas poco á poco, convirtiéndose en trincheras de montaña.

La oscuridad aumentaba, haciendo el camino sospechoso y digno de cualquier mal antecedente.

Cuando se atraviesa de noche por sitios por el estilo, empieza uno por bajar la voz, como cuando está en la iglesia, y concluye por no hablar.

Esto consiste en que la imaginación se sobrexcita, y admite como probable lo que antes tenía por una quimera.

Tal vez Juan y Olavide empezaban á tomar como una temeridad inútil el haber abandonado la aldea, por más que uno y otro no se atrevieran á confesárselo.

Debemos consignarlo: el joven no abrigaba ningún temor, aun admitiendo la posibilidad de que existiese la Capitana y su partida.

¿No estaba siempre bajo la salvaguardia del diablo, que era el que debía proteger también á aquella mujer excepcional?

No era imposible que los pusiera de acuerdo siendo los dos protegidos suyos.

Pero Olavide, y sobre todo Antonio, no tenían los mismos motivos para tranquilizarse que Juan de Zúñiga.

El mozo iba con el *Credo* en la boca; en toda su vida se había visto en mayor peligro, ni aun cuando estuvo á pique de ser fusilado por la escapatoria de su amo.

La noche iba pasando sin ningún incidente desagradable.

Faltaban tres horas para amanecer.

Brillaba la luna; los demás astros estaban resplandecientes; la brisa era tibia y juguetona.

Era imposible que noche tal apadrinase un hecho siniestro, por más que el sitio era muy á propósito para una emboscada.

No hay que fiarse de la naturaleza: se preocupa muy poco de las cosas de los hombres.

Y á veces el león se engulle á un viajero al pie de la palmera más frondosa del oasis, bajo el cielo más esplendente del desierto.

Cuando el peligro tarda, empieza á tomarse por una quimera.

Antonio ya no se asustaba tanto del vuelo de los murciélagos, que rozaban azorados con sus alas las

de su sombrero, ni del graznido de los cuervos, ni del chasquido de las ramas, ni del canto de las cigarras.

Empezaba á estar tranquilo: la noche le prestaba algo de su serenidad.





CAPITULO LXVIII

La Capitana.



LTO!—gritó una voz.

El paleta de Arévalo se cayó del caballo.

Juan y Olavide se detuvieron, echando mano á las pistolas, cuyos cañones brillaron á la luz de la luna.

El sitio no podía ser más á propósito para una emboscada: estaban en una curva del camino tan rápida, que era imposible ver lo que había adelante ni atrás, á cuatro varas de distancia.

—¡En tierra las armas!—gritó la misma voz.

Juan, con una temeridad que sólo podía excusar su excesiva confianza en su patrono, replicó:

—No acostumbramos á obedecer á gentes que se hacen invisibles cuando mandan.

—¡Á tierra las armas!

Juan y Olavide no pestañearon.

El primero dijo en tono de burla:

—¡Hola! ¡Parece que estamos jugando á las fantasmas! La hora es á propósito.

Entonces otra voz bronca, aunque de más fino acento, exclamó:

—No hagas fuego, Jorge: quiero ver quién es ese loco.

Y apareció una sombra en medio de la cuneta del camino.

Juan echó pie á tierra en tres tiempos, como si hubiera estado en un picadero, y tomando sus pistolas por el cañón, se las presentó á la sombra, diciéndola:

—Tomad, hermosa dama; siento no poder ofreceros una rueca; pero si no me asesináis á mansalva, os la compraré en la ciudad... para libraros de aventuras peligrosas.

—¡Vive Dios!—gritó la primera voz que había hablado.

—¡Silencio, Jorge!—exclamó la Capitana.

Luégo, volviéndose al joven, le preguntó con cierta extrañeza:

—¿Quién eres?

—Ya lo veis, un subalterno, puesto que vos sois capitana, y yo un pobre alférez de la guardia valona, que

va desterrado á San Sebastián por haber defendido á una mujer. No hubiera creído que otra me había de dar la muerte; pero ya veis que vengo prevenido, puesto que traigo á un religioso que me absuelva y me recomiende el alma.

Aquella charla, que encerraba una burla tan fina en tan terrible ocasión, desconcertó un poco á la Capitana, que permaneció en silencio, como si no supiera qué decir.

En tanto Juan se le había aproximado, y la contemplaba como un hombre galante.

La luna iluminaba de lleno sus facciones.

Aquella mujer era hermosa, y lo parecía más con su traje fantástico.

Juan la dijo con el acento espontáneo del sentimiento:

—¡Pardiez! Había oído decir que eras hermosa, pero creí que había exageración; ahora veo que es todo lo contrario.

En esto saltó un hombre al camino, y poniendo al de Zúñiga una mano sobre el hombro, exclamó con voz airada:

—¿Habéis venido aquí para galantear á esta mujer, señor atrevido?

Juan, palideciendo de ira, contestó:

—Tened cuidado, señor imprudente, porque si á esta mujer la he ofrecido las pistolas por la culata, puede que á vos os las ofrezca por el cañón.

—Retírate, Jorge,—dijo ella.

El bandido se echó á un lado, gruñendo como un mastín á quien impiden roer un hueso.

La Capitana se dirigió al joven, y repuso:

—Guarda tus pistolas: no las necesito para matarte.

—Es que no me matarás,—contestó Juan, con la seguridad del que siente lo que dice.

—¿Por qué?

—Porque una mujer no mata al hombre que la requiebra, y yo te he llamado hermosa.

—Pero yo no soy mujer. En este momento mando un grupo de bandidos.

—¡Más mujer que nunca! Eso lisonjea tu amor propio. Por lo demás, ibas á adelantar bien poco haciéndote mi heredera. ¿Qué oro ni qué plata quieres que lleve un alférez de guardias que va desterrado? He oído contar de vosotros no sé qué de golpes de audacia: como todos sean como éste, los despreciaría un niño de cinco años. ¡Detener en medio de un camino con todo este aparato á un alférez, á su criado y á un pobre religioso de San Francisco! ¡Pardiez! ¡Esto da náuseas! ¿Cuántos vienen contigo? ¡Toda la banda! ¡Me habían dicho que erais cincuenta! ¡Ja, ja, ja! ¡Cincuenta para tres!

El bandido dió un paso hacia adelante, y exclamó:

—Pero, Gertrudis, ¡no ves que se está burlando de nosotros!

—¡Hace bien!... Somos unos cobardes. Él vale más que nosotros... Si, unos cobardes.

Y aquella mujer indómita, que no esperaba ser vencida de tan extraño modo, pateó el suelo, se mesó el cabello, y lloró.

Después, mirando al joven con ira infantil, exclamó:

—¡Debía matarte!... ¡y puede que lo haga!

—¡No volvamos á esas tonterias!—contestó Juan, perfectamente tranquilo.

—¿Dudas de que cumpla mi amenaza?

—Sí, porque á los dos nos protege el mismo ser.

—¿Quién?

—¡El diablo!

—¡Puede que tenga razón!—murmuró la Capitana.

—¡Pero nos has insultado!

—Porque sois unos imbéciles.

—¡Vive Dios!

—¡Unos tontos!

—¡Y tú un loco!

—No digo lo contrario... Ea, dejadnos pasar.

Y dirigiéndose á sus compañeros, dijo á Olavide:

—Vamos, padre.

Y á su criado:

—En llegando á Hernani, voy á darte una paliza para curarte el miedo.

Montó tranquilamente en tres tiempos, como habia desmontado, después de colgarse las pistolas al cinto, y agitando la mano en señal de despedida, exclamó:

—¡Buena noche, y buena fortuna!

Metió espuelas al caballo.

Olavide y Antonio le siguieron, absortos de lo que habían presenciado, mientras la Capitana, volviéndose hacia el bandido, y señalándole, decía:

—Mira, Jorge, ése es un hombre.

Pero no bien había dado el caballo de Juan algunas brazadas en el camino, cuando éste se detuvo, lanzó una carcajada, y exclamó, caminando hacia donde estaba la Capitana:

—Oye, Gertrudis...

—¿Qué quiere ese loco?—murmuró ella visiblemente conmovida.

—No quiero que mi encuentro te sea infructuoso, ni que me hayas perdonado de balde.

—Vamos, parte y déjame.

—Te digo que voy á proporcionarte un buen negocio... más que robar á un pobre alférez de guardias.

—¡Cuidado, que la burla puede costarte caral

—¡Pardiez! No me burlo; hablo con formalidad...

—¿Y bien?...

—Con eso veré si es cierta la fama que tan alto pone tu nombre y el de tu partida.

—Explícate.

—Cerca de aquí, á unas cinco leguas escasas, en el camino que conduce á San Sebastián, hay un castillo.

—El de Iruzteta, le conozco; he pasado veinte veces por delante de sus pardos muros y de su pesado escudo de piedra. Ese castillo es propiedad de doña Úr-

sula de Rute y Aldama, que pertenece al capítulo de señoras canonesas de Pamplona.

—¡Veo que estás bien enterada!

—Yo me entero siempre de lo que me tiene cuenta.

—Tienes razón: el saber no ocupa lugar.

—Y bien: ¿qué tiene que ver la canonesa con nosotros?

—Ella, nada; su sobrino, acaso mucho.

—Pero ¿no vive sola?

—No.

—Entonces...

—La acompaña un sobrino que ha llegado hace poco de la corte á restablecerse de una herida que le infirió cierto alférez de guardias al salir una noche de un baile.

—¡Ya! —exclamó la Capitana, mirándole con expresión maliciosa.—¡Acaso conozca yo al alférez!

—Puede ser.

—El sobrino en cuestión es el conde de la Estrella.

—¡Mala la ha tenido al rozarse con ese alférez!

—¡Veo que eres aficionada al epigrama!

—Adelante.

—Acaso porque piensa permanecer aquí algún tiempo, ó porque quiere deslumbrar á las gentes del país ú honrar á su tía, ha traído consigo varios objetos de valor, entre ellos una vajilla de oro cincelada que hace poco recibió de Germain, platero del rey de Francia, y que le ha costado ciento cincuenta mil francos.

El bandido Jorge, al oír estas palabras, se acercó, exclamando con avaricia:

—¡Buena presa!

—¿Qué te parece? —preguntó Juan, reparando el efecto que hacían sus palabras en Gertrudis.

—¿Es decir que quieres vengarte del conde?

—¡Pché!... No me pesaría...

—¿Y que me eliges por instrumento de tu venganza?

—Tampoco lo niego; pero advierte que pago con algo.

—Es decir, que pagará el conde por ti.

—¿Pagará? ¡Asegurar es!

—Digo que *pagará*.

—¿De qué modo?

—¿Lo sé yo misma? Pero oye lo que te digo: ¿me das palabra de que nos volvamos á ver?

—Deseo tener una prueba de tu ingenio.

—Concédeme un plazo de cuatro días.

—Concedido.

—Dentro de cuatro días te invito á comer, y nos servirán en la vajilla del conde.

—¿Dónde nos veremos?

—En Hernani. Irán en tu busca de mi parte.

—¿Quién y cómo?

—¿Confías en mí?

—¿No me tienes en tu mano, y me sueltas? Sí, confío.

—¿Juras obedecerme en todo?

—Te lo juro.

—Entonces, dentro de cuatro días esperarás en la

puerta del convento de capuchinos, al toque de misa mayor.

—Esperaré.

—Irá Jorge en una litera. Ya le conoces.

Y le señaló al bandido, que se acercaba á él para que le viera bien á la luz de la luna.

—No se me despintará.

—Una vez en el carruaje, te llevará adonde puedas ver que cumplo mi palabra.

—Pues no hablemos más.

—Hasta dentro de cuatro días.

—Al toque de misa, en el convento de capuchinos.

La Capitana le tendió la mano; pero la retiró al punto, exclamando como con sentimiento:

—No, está manchada de sangre...; ¡no debe estrecharla un hombre honrado!

—Gertrudis, —dijo el joven con melancolía, —¿qué quieres de mí?

—La rueca que me prometiste hace poco..., por si acaso algún día la hiena vuelve á ser mujer.

Y sin mediar más palabras, unos y otros se separaron.

—¡Decididamente, —pensaba Antonio suspirando, como si le hubieran quitado un gran peso de encima, —el diablo protege á mi señor!

—Supongo, sobrino mío, —le dijo Olavide, —que todo lo que has hablado con esa mujer respecto á tu cita habrá sido pura broma.

—Con vuestro permiso, querido tío, pienso asistir puntualmente.

—¡Juan!

—Lo dicho.

—Pero ¿no adviertes que entre esas gentes siempre se corre peligro?

—Por lo mismo.

—¿Que ofendidos de tu conducta de esta noche pueden tratar de vengarse?

—No lo espero... Y si es así, el diablo me protegerá.

—¡Loco!... ¡más que loco!...

—¿Qué queréis? Necesito ver á esa mujer de día, para convencerme de si vale más ó menos que de noche.

—¡Serías capaz de enamorarte de ella!

—¿Y si lo estuviera ya?

—Veo que ha sido una locura en ti no aceptar el cilicio ni el ayuno á pan y agua que te propinaba el prior de San Jerónimo.

—¡*Vade retro!*

—¡Pero, señor, —exclamaba el pobre Antonio,— que no sale uno de un susto con este hombre, cuando ya tiene otro metido en el cuerpo!

En la noche del día siguiente llegaron á Hernani.

Allí era fuerza que se separasen.

Olavide cambió de traje: el que llevaba no le ofrecía ya seguridad.

Porque, en efecto, ¿qué tenía que hacer en Francia un padre franciscano?

Tomó un cajón de buhonero, que llenó de baratijas, y proporcionándose por medio de algunas monedas la compañía de un contrabandista práctico en los pasos excusados, se dirigió hacia la frontera, después de haberse despedido de su sobrino.





CAPITULO LXIX

Un dúo á voces solas.



ANTONIO pasó tres días de mortales ansias, ocupado en sermonear á su señor, probándole con toda clase de argumentos que la fe de los bandidos no merecía la fe de los hombres honrados.

Pero todo fué en vano.

A Juan le entusiasmaba todo lo maravilloso.

La imagen verdaderamente hermosa de aquella mujer, vista á la luz de la luna en medio de un camino con su traje fantástico, mandando cincuenta diablos, no era cosa que se gozaba á menudo.

Es verdad que aquella imagen tenía manchas de sangre; pero Juan decía:

—Al fin y al cabo yo no me he de casar con ella.

El fiel Antonio ponderaba la belleza de Adelina, sus virtudes, sus prendas de carácter, el amor que le tributaba...

Pero la tentación de charlar un cuarto de hora con Satanás es poderosa.

Tan digno de verse debe ser el infierno como el cielo.

Convencido de que no había argumento que rompiese en su amo la firmeza de su propósito, le hubiera propinado de buena gana una enfermedad que le impidiese asistir á la cita.

Tampoco hubiera hallado mal una orden de arresto.

Porque, á su juicio, el joven corría verdadero peligro entre aquella gente.

La abnegación no le llevaba al extremo de acompañarle: felizmente no se había contado con él para nada en aquel asunto.

¡Felizmente!

¡Qué egoísta era entonces la humanidad de Arévalo!

¿Por qué no surgió un cataclismo antes de aquel cuarto día?

Y es que el empeño del mozo era ya locura.

Deseaba que su amo se muriese para que no le mataran.

Y pensó formalmente en abandonar su servicio, porque desde que estaba con él, todo se volvían sustos y sinsabores.

Para un día de calma, había muchas semanas de duelos y quebrantos.

Nunca se le hizo á Juan más largo el tiempo.

El corazón del mancebo no podía resistir la imagen de una mujer.

Había salido de Madrid pensando en la condesa de la Estrella, y ya la había puesto en olvido.

La Capitana le robaba la tranquilidad.

Era una tranquilidad la de aquel pecho que siempre estaba comprometida, y á merced de unos ojos negros ó azules, de un cabello castaño y de unos labios de rosa.

Desde la joven lavandera que vió desde las ventanas del convento de jerónimos, ¡cuántas mujeres habían hecho palpitár su corazón!

Los capuchinos tocaban á misa mayor á las diez.

A las nueve y media del cuarto día ya estaba nuestro joven dispuesto para correr la aventura, que podia ser trágica, y también la de los batanes.

Antonio se colgó á su cuello con las lágrimas en los ojos, exclamando:

—¡Amo mío!... ¡Querido señor!... ¡Aun es tiempo para huir de la serpiente del paraíso!

—¡Aparta, imbécil! ¡No ves que me arrugas la valona!

—¡Sabe Dios lo que será de ese trapo blanco dentro de una hora!



—Pero ¿crees que voy á emprender los trabajos de Hércules?

—¡Más valiera!... ¡Aunque ignoro qué trabajos eran ésos, y quién era ese señor!

—¡Ea, adiós!

—Señor, no me tengáis con el alma en un hilo; si no venís dentro de tres horas, doy parte.

—Lo que debes hacer en esas tres horas es beberte tres botellas de vino.

—¡Acaso tengáis razón!... y puede que os obedezca..., no por el dolor, sino por el vino... Digo, no..., no por el vino, sino por...

Juan ya no le oía.

Acababan de dar las diez menos cuarto, y ya había sonado el primer toque en el convento de capuchinos.

¿Llegaría tarde?

Empezó á pasear por delante de la puerta con la impaciencia febril y nerviosa de un amante que asiste á la primera cita.

Pero ¿se trataba de amor acaso? ¿Debía sacrificarse por una mujer como la Capitana?

De ningún modo.

Es decir, Juan no se hacía estas preguntas, que, á lacérselas, ¡Dios sabe cómo se hubiera contestado!

Todos los hombres que pasaban por delante del atrio fijaban su atención.

No espera con más ansiedad la muerte de un tío rico un sobrino impaciente.

Por último, á las diez en punto apareció Jorge en la calle.

Juan se quedó admirado de la tranquilidad con que aquel hombre andaba entre las gentes honradas.

Bastaba la voz de alguno que le conociese para que le colgasen.

Sin embargo, él parecía no temer nada; no puede caminar más tranquila la virtud.

La impudencia de aquel hombre le causó mal efecto.

Tentado estuvo por abandonarlo todo.

Pero la imagen de la Capitana, bullendo en su mente, acabó de decidirle.

—¡Seguidme!—dijo Jorge en voz baja, sin detenerse ante él.

Juan obedeció, atravesando así varias calles excusadas.

Cuando pasaba alguno, adoptaba un ademán indiferente, como para demostrar que no conocía al bandido ni iba en su compañía.

Por último, salieron de la población.

Bajo un grupo de árboles había una litera, donde ambos entraron.

Antes de ponerse en marcha, Jorge sacó un pañuelo, diciéndole:

—Convinisteis en que se os vendarían los ojos, ¿os acordáis?

—Véndamelos, —contestó.

Bien pronto el lienzo interrumpió la luz.

Jorge dió un golpecito en el cristal, y el carruaje se puso en movimiento.

—¿Ha sido feliz el éxito de vuestra Capitana?—preguntó Juan.

—Suprimid las preguntas, pues tengo orden de no contestaros, —dijo el bandido.

Reinó un silencio, no interrumpido durante dos horas más que por el rumor de las ruedas sobre la tierra.

Esto, y el olor acre que percibía el joven, le hicieron presumir que caminaban por el campo.

Por un impulso natural se llevó la mano á los ojos.

El bandido le detuvo, exclamando:

—Ved lo que hacéis; tengo orden de mataros al menor movimiento que me indique que vais á descubrirnos.

—¡Diablo! ¡No quisiera morir tan joven!

Al cabo de aquellas dos horas, el carruaje rodó sobre un empedrado, deteniéndose á poco.

Jorge asió de la mano al caballero, y le ayudó para que se apeara.

En seguida empezaron á subir una escalera.

Juan contó diez escalones.

Entraron en una pieza que exhalaba un fuerte olor á hierba seca.

El entarimado crujía bajo sus pies.

—Podéis descubrirnos, —le dijo Jorge.

No esperó á que se lo repitieran.

Arrancó, más bien que quitó, la venda de sus ojos.

Él, que se había formado la ilusión de hallarse en una estancia de un palacio de hadas, quedó sorprendido al verse en un pobre recinto, cuyas paredes eran de tierra.

No había bancos ni sillas, y ocupaban los ángulos grandes montones de heno.

Parecía el piso superior de un establo.

Las ventanas estaban cerradas, y un farol con una candileja de aceite pendía del techo.

Sin duda se trataba de que no viese ningún objeto exterior que pudiera recordarle el sitio alguna vez.

En angustiosa expectación pasaron algunos segundos, al cabo de los cuales se abrió una puerta, frente á aquella por donde había entrado, en cuyo dintel apareció Gertrudis.

Vestía un vistoso, aunque humilde, traje de aldeana del país, con el pañuelo rodeado tradicionalmente al rodete.

Una saya corta permitía ver el principio de una pierna torneada y robusta.

Con aquel traje, que era el de su sexo, parecía más joven y más hermosa.

¡Oh, sí, diabólicamente hermosa!

Sus ojos habían perdido la dureza de sus miradas, y sus labios el fruncimiento que causa una orden dictada y no obedecida pronto; su cuello tenía la verdadera morbidez de la mujer, y sus hombros y su seno,

púdicamente cubiertos por el escote del vestido, eran llenos, abultados y redondos.

Con aquella transformación, Gertrudis ganaba indudablemente en hermosura.

Sin duda la seguridad de que allí nada tenía que temer, y sobre todo el haber vuelto á su sexo, quitaba á su rostro aquel aire de ferocidad que ostentaba en la montaña, donde el riesgo continuo le hacía hosco y suspicaz.

Juan estaba encantado, y la miraba con cierta especie de arrobamiento, como se mira una aparición que no se espera.

Indudablemente no era en aquel momento la Capitana, y llevaba á ésta una inmensa ventaja.

Ella le dirigió una encantadora sonrisa, diciéndole con cierta coquetería:

—Celebro que hayáis cumplido vuestra palabra, señor oficial.

El joven la contestó con aire galante:

—No me lo agradezcas: tenía deseos de volver á verte, y la idea del riesgo no me hubiera impedido venir.

—Aquí no tenéis nada que temer.

—Pero veo que desconfías de mí, y eso me disgusta.

—¿Por qué lo decís?

—Por las precauciones que has tomado.

Y Juan señaló á las ventanas, herméticamente cerradas.

—No lo extrañéis: yo por mí nada temo, pero no se trata de mí sola.

—No creas que me ofende tu conducta; lo principal para mí es verte y hablarte.

—¡Pardiez!—exclamó la Capitana, sonriendo siempre,—¡habláis como un enamorado!

—¡Quién dice que no lo esté!

—De otra, no digo..., y aun debe ser así.

—De ti.

—¡Bah! Lo sentiría por vos.

—¿No te sientes capaz de corresponderme?

—Cuanto más os quisiese, más me alejaría de vos.

—¿Es decir que estás muy lejos de amarme?

—¿Por qué?

—¡Cuando me acercas á ti, convidándome á almorzar!... Porque supongo que habrás cumplido tu palabra.

—Sería la primera vez que faltase á ella.

—Pero...

—Sé lo que me vas á decir: pasemos.

Ambos jóvenes traspasaron el dintel de aquella puerta, penetrando en un aposento de iguales dimensiones que el anterior.

Las ventanas también estaban cerradas, y la luz artificial le iluminaba.

En el suelo había algunos barreños de barro, y en

las paredes vasijas de hoja de lata, como las que se ven en las lecherías.

Aquello debía ser un establo.

En el centro había una mesa cubierta con un tosco, aunque limpio, mantel.

Contrastaba con la humildad de aquel sitio una riquísima vajilla de plata sobredorada, cuyas piezas ostentaban las armas de los condes de la Estrella, cinceladas como pudieran haber salido del taller de Benvenuto Cellini.

Un servicio de cubiertos del mismo metal la completaban.

En un ángulo de la estancia había un cajón grande con el resto de la vajilla.

Los platos contenían carnes fiambres y frutas de la estación, al lado de botellas que contenían vino de Navarra y sidra del país.

En la mesa no había más que dos sillas, indicando que no se esperaba á más convidados: la circunstancia de estar servidos los manjares y los vinos, daba también indicio de que allí no debía penetrar nadie.

Aquel almuerzo era un dúo á voces solas.

Los rayos de la luz se quebraban en aquellos platos, obra maestra de Germain el platero, arrancando al metal brillantes reflejos.

Juan estaba admirado, absorto: aquélla era la vajilla del conde.

¿Cómo se había gobernado la Capitana para apropiársela?

¡Qué ajeno estaría el conde de que el joven iba á servirse de ella!

Invitado por Gertrudis, iba á sentarse, cuando le detuvo un pensamiento sombrío, y volvió á fijarse en todas aquellas piezas.

—¿Qué es eso?—le preguntó la Capitana.

—Estaba mirando á ver si descubría algún reflejo de sangre,—contestó.

—Podéis sentaros y comer sin cuidado: la Capitana sólo derrama sangre de leones: vuestro conde es una zorra que se deja entrapar fácilmente.

—¿Me lo juras? La sangre es una salsa que produce indigestiones en estómagos honrados.

—Sí.

—En ese caso, acepto: tu convite me proporciona más placer del que puedes imaginarte.

—¿Por el conde?

—Sí.

—Pues lo celebro: comamos.

—Pero me alegraría conocer el medio de que te has valido para...

—No me niego á revelárosle, pero de sobremesa: os servirá de lección y de aviso, por si acaso alguna vez tenéis vajilla y tropezáis con otra Capitana.

—Debe ser cosa muy curiosa.

—Confío en que aumentará vuestro buen humor para hacer la digestión; pero comamos.

—Cuando gustes.

La Capitana hacía los honores de la mesa como una gran señora que recibe convidados en su palacio.

Juan le dijo:

—Adorable princesa, estás á la altura de la vajilla; tu finura y cortesanía transforman el establo en un salón.

—¡Qué sabe de estos usos una alimaña del monte!— contestó la joven con amargura.

—Apuesto á que has recibido en tu casa convidados de más fuste y abolengo que yo.

—¿A que me tomáis, en efecto, por una princesa, como decíais hace poco?—exclamó Gertrudis sonriendo.

—¡Quién sabe! ¡Debajo de una mala capa!...

—¡Cualquiera diría que este rico vino de Peralta se os sube á la cabeza!

—Yo no lo negaría..., aun cuando he bebido poco.

—¡Y tan poco! ¡Yo os creía más aguerrido!

—Tal vez sea el amor lo que me causa este mareo.

La Capitana, envolviéndole en una provocativa mirada de indefinible ternura, repuso:

—Vamos, sacrificad á Ceres, y no os acordéis de Venus por ahora.





CAPITULO LXX

El final del dúo.



N efecto, aquellos manjares y aquel vino le producían á Juan una dulce languidez, que podía trocarse con el extravío de las ideas que produce la borrachera.

Es verdad que en otras ocasiones había bebido más sin alterarse.

Tal vez era la compañía..., la ocasión..., la soledad de aquel aposento extraño.

Arriba chispeaba el vino; abajo mugían las vacas.

Siempre trastornan un poco los ojos de una mujer, cuando la mujer es joven y los ojos expresivos.

Además, Gertrudis no era una mujer cualquiera.

No tenía la candidez de Adelina ni la coquetería de la condesa.

Su salón de baile era la montaña, el camino real; su orquesta, el viento y el aullido del lobo; su perfume predilecto, el olor de la sangre que derramaba.

Acaso en aquel sitio sus blancas manos habían hundido el puñal en algún pecho.

Esta idea, que en otra ocasión cualquiera la hubiera hecho repulsiva á los ojos de Juan, se la presentaba entonces en una forma agradable y seductora.

Una leona nos causa admiración por su hermoso aspecto; al contemplarla no se acuerda uno de las víctimas que puede haber hecho.

Se admira su cabeza, sin reparar en sus garras y colmillos.

Y la Capitana era una leona: Juan contemplaba absorto su hermosura.

Se expresaba con corrección, y sus ademanes eran distinguidos.

El joven forjó en su mente una historia, en la cual Gertrudis era la heroína.

Debía proceder de una gran familia.

Tal vez el amor y la sangre se había mezclado un poco en su pasado, empujándola á la senda del crimen, que ella recorría con pie firme.

No sé en lo que consiste; pero nadie atribuye á la mujer que ama el origen de una mendiga.

Juan la amaba en aquel momento.

El vino es el gran propagador de las sensaciones.

Adelina y la condesa habían desaparecido de su mente: sólo la llenaba la Capitana.

No se acordaba de que allí podía espiarle oculto algún peligro.

La Capitana tenía muchos hombres á su disposición, y aquellos hombres no eran anacoretas que se proponían ganar el cielo haciendo obras meritorias.

En los banquetes del siglo xv, donde se reunían damas de noble alcurnia y grandes señoras, solían brillar las hojas de los puñales entre las copas y cristal de Bohemia, entre los ramilletes de flores acabadas de coger en el parque del castillo.

La mantelería de damasco tenía tantas manchas de sangre como de vino.

Pero ya había pasado la edad media.

Esto fué lo que debió pensar Juan para que la compañía de la Capitana no le inspirase ningún temor.

Sobre todo, ¿no le había tenido cuatro días antes á su disposición en el camino de la montaña?

Por él era dueña de tan riquísima vajilla, y hubiera sido demostrar ingratitude á aquel favor el causarle el más leve daño.

Juan estaba tranquilo, por otra parte; el diablo no debía abandonarle.

Terminados los postres, abandonó su asiento y fué á tomar otro al lado de la Capitana.

Para ello tuvo que apoyarse en la mesa: oscilaba un poco.

Gertrudis le miraba y sonreía: en sus labios sensuales se pintaba una expresión aviesa.

De vez en cuando se fruncían con amargura.

Entonces su mirada adquiría el brillo fosforescente de la de los lobos de la montaña.

Pero el joven no estaba en estado de apercibirse de aquellos cambios.

Y tanto aproximó su cabeza á la de aquélla, que sus bucles sueltos rozaban sus mejillas.

Aquellos bucles exhalaban el olor acre de las plantas y la tierra cuando las moja la lluvia del otoño.

A él se unían el gratisimo perfume del heno y el olor del establo, que tanto ensancha el pulmón.

Las miradas de la Capitana, más expresivas cada vez, ponían candente la atmósfera.

Juan, después de lo que le había aconsejado aquélla sobre Ceres y Venus, pensaba más en la segunda que en la primera.

Ceres había recibido ya el sacrificio: Venus podía estar quejosa, y era preciso contentarla.

Los oficiales de guardias no eran nada tímidos, y es preciso no olvidar que el joven había rechazado la disciplina y el ayuno por pensar á su sabor en las formas de las lavanderas.

Fuera del convento, era necesario sustituir la teoría con la práctica.

Le asió una mano.

Aquella mano estaba tibia, y con estremecimientos de hoja en la rama.

Además, no se la retiró; con lo cual el atrevimiento del alférez, creyendo que era una estupidez el no avanzar, avanzó.

Pasó su mano derecha al rededor del talle de Gertrudis, y la atrajo hacia su corazón, diciendo:

—¡Te amo!

—¡Silencio!—exclamó Gertrudis en voz baja, poniéndole el índice de la mano derecha sobre los labios.

Juan besó aquel dedo, como un creyente una reliquia.

—¡Sois un aturdido!—prosiguió ella en el mismo tono.

El hablar en voz baja suele acarrear graves consecuencias entre los enamorados, especialmente á las mujeres.

Parece una abdicación del pudor.

Se dice, lo que no se atrevería uno á hablar en voz alta, y el oído que hay cercano no se asusta.

Calificar á un hombre de aturdido es dispensarle de todo lo que haga luégo, declarándole irresponsable de sus actos.

Juan hizo la demostración de que aquélla no se equivocaba, aplicando por sorpresa un beso sobre sus labios.

Sobre aquella frente pasó una nube, pero desapareció en seguida.

—Vamos,—dijo la Capitana.—Pudiera incomodarse Jorge si lo sabe.

—¿Quién es Jorge?— preguntó Juan con celoso acento.

—El hombre que me acompañaba hace cuatro noches; mi amante..., mi prometido.

—Y ¿tú le amas?

—No; y precisamente porque no le amo voy á casarme con él.

Juan lanzó una carcajada, y dijo:

—¿Convidaréis al verdugo á vuestra boda?

Gertrudis le rechazó con energía.

En seguida una lágrima de debilidad asomó en sus ojos, y dijo, como confesándosele á sí misma:

—¡Es verdad!

Juan prosiguió:

—Me consuela el que pronto quedarás viuda.

—Esas chanzas son peligrosas; dejadlas.

—¿Peligrosas para quién? ¿Crees que tengo miedo de ese racimo de horca á quien llamas Jorge?

—Vamos, marchaos; nada tenéis que hacer aquí.

—¿Olvidas que has prometido referirme de sobremesa el modo con que esa vajilla ha llegado á tu poder?

—Mejor sería que nos separásemos.

—No.

—Entonces, bebed.

Y la Capitana llenó un vaso de una botella, no comenzada aún.

Juan se le ofreció; aquélla no hizo más que humedecer los labios.

El mozo lo apuró de un sorbo, diciendo:

—Tu boca ha dado virtud á este vino; ahora me sabe mejor: ya te escucho.

Gertrudis comenzó á hablar, en efecto; pero Juan, aunque hacía fuerza por escucharla, no la oía.

Y no era que se quedase sordo.

La voz de la joven llegaba hasta él como un zumbido de colmena, como el eco sordo de los vientos que cuchichean en el horizonte antes de soplar con fuerza.

Una cosa idéntica le pasaba en la vista.

Percibía los objetos, pero sin forma ni contorno, como se ven á través de un cristal esmerilado.

La luz del farol, al reflejar en las botellas, le causaba un mareo extraño, que le obligaba á cerrar los ojos.

Pero seguía viendo la misma claridad, como si estuviera dentro de él.

El zumbido se alejaba; la luz iba extinguiéndose poco á poco.

Llegó un momento en que Juan no oyó, ni vió, ni recordó nada.

El fresco de la brisa le despertó de aquel pesado sueño.

Abrió los ojos.

Era enteramente de noche; no había más claridad en torno que la que arrojaban las estrellas.

Sin embargo, era suficiente para reconocer el sitio.

Juan dirigió atónitas miradas en rededor, buscando la habitación con las vasijas de hoja de lata, y la mesa con las sobras del festín, y la vajilla, y la Capitana...

No había nada de esto.

Se hallaba en medio de la calle, acostado como un fardo en los escalones de piedra que daban acceso al convento de capuchinos de Hernani.

Aquel descubrimiento no pudo menos de estremecerle.

Al pronto creyó que habiendo acudido allí por la mañana para esperar á la persona que debía conducirle á presencia de Gertrudis, y no habiendo acudido aquella, se había recostado allí, quedándose profundamente dormido.

Pero durante el día le hubieran hecho levantar.

Además, ¿quién duerme tantas horas sin despertar alguna vez?

Este absurdo desapareció al poner en orden sus ideas.

Recordó el establo, y todo lo que le había pasado allí, lo mismo que la presencia de la Capitana, sus abrazos, sus besos y sus palabras.

Era imposible dudar.

La evidencia se le venía encima como una maza de hierro, con la brutalidad de un hecho consumado.

Juan dedujo una cosa, que era tal vez la verdad.

El último vino que bebió se le habían dado compuesto, para sumergirle en un sueño letárgico, duran-

te el cuat, y aprovechándose de las sombras de la noche, le trasladaron allí.

Por la mañana no pudieron emplear igual procedimiento cuando acudió á la cita.

La Capitana se había burlado de él, insultándole al desconfiar de su discreción.

En aquel momento la odiaba; pero como se odia á una mujer querida que no hace lo que pretendemos.

La maldecía, recordando su imagen, y recreándose en aquel beso furtivo que había robado á sus labios.

—Después de todo,—decía,—tiene gracia lo que ha hecho: de no asesinarme, ha sido el mejor medio de librarse de mí.

El reloj de la villa marcó las dos.

—¡Las dos de la mañana!—exclamó.—¡Y yo sin dar cuenta de mi persona! Ese pobre Antonio creerá que he sido víctima de los bandidos... Corro á tranquilizarle... Además, también necesito descansar; ese letargo, en vez de reparar mis fuerzas, las ha quebrantado.

Al pronunciar estas palabras, se dirigía hacia su posada, cuya puerta aporreó á golpes.

Todos duermen en Zamora.

Así dice el romance, y lo mismo debía pasar en aquella casa.

Pero la fuerza de los golpes debía originar, ó que acudiese alguno, ó que cayese la puerta al suelo.

Afortunadamente para todos, sucedió lo primero.

Juan subió á su habitación, empujando la puerta, que cedió fácilmente.

El espectáculo que presenció le hizo lanzar una carcajada.

En medio de la habitación había una silla; sobre ésta, y sostenido en el respaldo, un grabado que parecía hecho con una escoba, el cual, bajo la firma del autor, representaba á Santa Teresa en éxtasis.

Alumbrábale una vela de cera en un candelero de peltre.

Al pie de la silla, arrodillado en el suelo, con los brazos puestos sobre el asiento y la cabeza sobre los brazos, roncaba como un bienaventurado el pobre Antonio, á quien sin duda había sorprendido el sueño. pidiendo á la santa por la salud de su amo.

Al ruido de la carcajada despertó, levantando asustado la cabeza.

—¡Oh! ¡La santa ha escuchado mis plegarias!—exclamó, corriendo alegremente hacia Juan.

—¡Mejor habrá oído tus ronquidos!

—¿Conque no os han matado, señor?

—¡Me parece! A no ser que tú y yo estemos en el otro mundo.

—¡Qué día me habéis hecho pasar!

—No dudo de que el día haya sido malo; ¡pero lo que es la noche!

—¿Creéis que dormía?

—Lo que sé es que te he oído roncar.

Juan se metió en la cama, y mientras acudía el

sueño á sus fatigados párpados, refirió á su criado lo que le había sucedido en aquel establo, que no debía ser el de Belén, porque no tuvo tiempo de ir y venir en catorce ó diez y seis horas.

Antonio convino en lo mismo.

Y recordando que el conde de la Estrella tuvo un día ardientes deseos de darle una paliza, no pudo menos de celebrar con grandes carcajadas el lance que le privó de su riquísima vajilla.

—¡Pero esa mujer!... ¡esa mujer!— exclamaba Juan, sin poder conciliar el sueño.

—¡Bah!... dejadla.

—Es preciso que yo la vuelva á ver...; estoy enamorado de ella..., y haré cuanto pueda por encontrarla.

—Confío en que no, —murmuró Antonio, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué, imbécil?

—Porque en saliendo mañana á la calle, os enamoraréis de la primera que se cruce en vuestro camino.

—¡Tienes razón!—exclamó Juan, soltando una carcajada.

Media hora después dormía.

Antonio le imitó, sin dar las gracias á Santa Teresa por haberle devuelto sano y salvo á su amo.

Sin duda esperaba á que volviera de su éxtasis para que pudiera oírle.

A la mañana siguiente pidió Juan recado de escri-

bir, y puso en un papel, que cerró con lacre, lo siguiente:

«Vuestra vajilla es mi revancha del camino del Pardo.»

En seguida hizo que un criado de la casa, á quien dió instrucciones convenientes, llevase aquella misiva al próximo castillo de Irusteta, poniéndola en manos del conde de la Estrella.

Amo y criado descansaron aún dos días en Hernani, partiendo en seguida para San Sebastián.





CAPITULO LXXI

Reflexiones sobre la longevidad de las canonesas.



NTES de proseguir, debemos consignar que el personaje de la Capitana, á quien hemos presentado en escena bajo el nombre de Gertrudis, es perfectamente histórico.

Conócese bajo el nombre de la marquesa del Encinar, título que adoptó para uno de sus robos más ingeniosos, del cual vamos á dar una idea.

En 1770 operaba, como hemos dicho, entre Sangüesa, Lumbier y Domeño, al frente de una partida compuesta de unos cincuenta hombres, sobre los que ejercía una influencia y un imperio verdaderamente excepcionales.

Su leyenda, porque la tiene, afirma que era de una belleza y una audacia incomparables.

Era humilde su procedencia, si bien su modo de expresarse y sus maneras escogidas la hacían pasar por una dama de distinción, como lo prueba el haber representado algunas veces con éxito este papel.

Tenía talento natural, que empleaba desgraciadamente en hacer todo lo malo que podía, y que la era muy necesario para llevar á cabo ciertos golpes de mano.

La mayor parte de sus aventuras se han perdido para la historia; sólo se sabe que una vez en poder de la justicia, fué sentenciada por la audiencia de Valladolid.

De los papeles que hablan de ella, resulta que había dado una gran organización á su banda, y que era excesivamente cruel con las pobres víctimas que caían entre sus manos.

Ignórase por qué serie de extraordinarias circunstancias esta singular mujer representó en el mundo un papel tan ajeno á su sexo, y cómo hombres avezados al crimen aceptaban su jefatura, obedeciéndola en todo ciegamente.

Una vez hecha esta aclaración, que consideramos importante, entremos en materia.

La canonesa Úrsula de Rute y de Aldama, señora del castillo de Irusteta, recibió perfectamente á su so-

brino carnal el conde de la Estrella, á quien no había visto hacía muchos años.

Extrañó que en aquel viaje no le acompañara su esposa, y lo sintió, porque tenía vivos deseos de conocerla.

Pero por las respuestas de su sobrino á sus preguntas, coligió que mediaba algún disgusto en el matrimonio, y no creyó prudente insistir.

Sólo se limitó á agradecer á aquél la visita, asegurándole que con aquellos aires y aquellas aguas recobraría bien pronto la salud.

El conde se guardó muy bien de referir á su tía lo de la herida.

Un hombre que ya no es joven, no dice á una tía, y canonesa por añadidura, que se ha batido por una mujer, siendo esta mujer la suya.

Eso se queda bueno para los muchachos, que tiran de la espada por cualquier cosa.

¿Qué hubiera dicho la anciana al saber que su sobrino hacía el calavera á los cuarenta años, y se batía por una mujer á la salida de un baile?

El conde, que conocía sus opiniones sobre el particular, no quiso escandalizar sus piadosos oídos con una relación mundana.

La buena señora sólo se cuidaba del brillo y esplendor de la religión, como cristiana, apostólica, romana, y canonesa que era.

Aunque este último cargo no obligaba á gran cosa. En su tiempo, aquel castillo, donde había resona-

do tantas veces el fragor de espadas y armaduras, y después el estampido de la pólvora, sólo se oían cánticos piadosos, pues la canonesa había prohibido á sus criados que utilizasen sus voces y sus conocimientos musicales en cantares profanos.

Aquel castillo, más que tal, parecía la sacristía de una iglesia.

El aroma que en él se respiraba era todo lo más místico que se podía desear; incienso y cera, que es, según opinión de personas autorizadas, el aroma de los ángeles, la esencia que echan en sus pañuelos y con que perfuman su persona.

En la capilla del castillo había siempre triduos, novenas, trisagios, misereres y funciones particulares á cada santo, para obtener del cielo una infinidad de cosas.

La canonesa era la mujer más pedigüeña de cuantos recurren á Jehová.

Y si se lleva en el cielo un diario de peticiones, el artículo referente á aquélla debía tener ya muchos *in folios*.

Pedía siempre y á todas horas.

Esto hacía que la vida del capellán no fuera tan regalona como la que llevaban sus colegas en otras casas.

Hacía un gasto terrible de sobrepellices y estolas; en cuanto á bonetes, había perdido la cuenta de los que había usado en su vida.

En suma: aquel castillo era una sucursal del cie-

lo, y una plegaria de la canonesa la mejor recomendación para la gloria.

Se sabía positivamente que estaba en buenas relaciones con todos los santos y santas de la corte celestial: en cuanto á Jesús y María, eran sus amigos particulares.

Todos opinaban que la canonesa estaba ya en el cielo, y que lo que había en el castillo sólo era una sombra.

Había prohibido terminantemente á los guardas de sus posesiones y á sus criados que cazasen palomas, y jamás se comieron en su casa ni en salsa ni con arroz.

¡Cómo á una mujer así iba á referir el conde sus aventuras!

La hubiera escandalizado, le hubiera despedido de su casa, y, lo que es peor, le hubiera desheredado, porque el conde sabía oficialmente que su tía había pensado en él para después de su muerte.

No tenía otro sobrino.

Pero el conde abrigaba á veces temores de que la Iglesia, representada por algún convento de frailes, le suplantara, para lo cual no se descuidaba en obsequiar á su tía con objetos místicos, que ocupaban el relicario de la capilla.

El conde se echaba la cuenta de que era un adelantado que hacía, para cobrárselo con réditos cuando muriera la anciana.

Pasados los primeros momentos de expansión, que podemos llamar manifestaciones de la sangre, el conde la puso al corriente de cuanto pasaba en la corte, donde ya sabemos que desempeñaba un cargo de importancia.

Las canonisas son tan curiosas como las monjas. Aunque apartadas del mundo, las gusta saber lo que pasa en él.

En esto, como en todo, el conde sólo dijo lo que le convenía decir.

Agotada esta materia, se habló de asuntos puramente personales.

—Además de la satisfacción de verte, —le decía la anciana, —celebro que hayas venido, porque en mi ausencia, que será corta, me representarás en el castillo ante los criados; aunque me son fieles, siempre es bueno que haya una persona de confianza.

—Pero, tía, ¿vais á emprender algún viaje? —pregutó el conde con cierta admiración.

—No me atrevo á llamarle así.

—Pero ¿abandonáis el castillo?

—Por dos días solamente; partiré mañana.

—¿Puedo saber?...

—Nada más puesto en razón. Voy á Roncesvalles.

—¡Ya!

—En aquella antigua y famosa colegiata, todos los años, el día 28 de Septiembre, celebran capítulo general todas las canonisas de la provincia, en cuyo número me cuento: no he faltado una sola vez, y hoy

menos que nunca, pues dejó en mi casa una persona que me representará dignamente.

—Celebro haber llegado á tiempo de poder haceros ese pequeño servicio, y aun me brindaría á acompañaros si no fuera por...

—No, no es necesario; me haces más falta aquí.

—Ya sabéis que podéis contar conmigo, tía.



La célebre colegiata de Roncesvalles, en cuyo sitio *tan mala la hubieron los franceses*, como dice el romance, empotrada en el corazón de los Pirineos, se componía de tres cuerpos de edificio, dos de ellos, los de los ángulos, sólo de planta baja y muy semejantes, y el de en medio angosto y elevado.

Allí había celdas cómodas y espaciosas para todas las personas que acudían al capítulo, que eran bastantes.

Este tenía alguna celebridad en el país.

Dos días antes llegaban á Roncesvalles muchas acémilas cargadas de dulces, chocolate y otros comestibles para uso y recreo del paladar de aquellos *buenos y santos* canónigos, que estaban todo el año en aquel desierto *haciendo penitencia* con la caza de aquellos montes, y pidiendo á Dios por la salvación de las almas.

¿Por qué un día al año no habían de quebrantar la regla, comiendo dulces y chocolate á la salud de las canonesas de la provincia?

¿Qué menos podían hacer dichas señoras por los reverendos?

La tía del conde contribuyó también con su óbolo, y partió al día siguiente, después de investirle ante la servidumbre para hacer y deshacer, atar y desatar, como Jesús á San Pedro.

Aquellos buenos servidores respiraron: tenían dos días sin función religiosa, para cantar lo que les diera la gana y hablar á su sabor de asuntos mundanos.

Dos días al año no era mucho; pero los aprovechaban bien.

El conde, así que se vió solo, empezó á recorrer el castillo, examinando todas sus dependencias, como se examina un caballo antes de comprarle.

La finca estaba en buen estado, y bien provista de todo.

La canonesa era una mujer de orden, y no es arriesgado el asegurar que aquel día formulase el conde la opinión de que cuando las canonesas llegan á cierta edad, y tienen sobrinos, deben morirse cuanto antes.

Esto no tiene nada de particular.

Un castillo bien conservado y provisto de todo lo necesario y lo superfluo, inspira tales ideas.

El conde se acostó tranquilo y risueño, habiéndose informado antes de que los aires frescos de Roncesvalles suelen proporcionar algunas pulmonías, no respetando más á las canonesas que á la última aldeana del país.

No queremos decir con esto que llegara su maldad al extremo de pedirle al cierzo la vida de su tía.

Pero si el cierzo se la daba .., ¡miel sobre hojuelas! como se dice vulgarmente.

Tras un sueño de los más deliciosos, como no le habían dejado gozar otro igual las intrigas de la corte, se levantó muy temprano al día siguiente.

En el campo se madruga mucho, porque no se trasnocha.

Previo el chocolate de ordenanza, salió á dar una vuelta por aquel inmenso parque, cerrado por una tapia de piedra de metro y medio de altura, en la que había una gran puerta de hierro que daba al camino.

También allí se veía la mano de la canonesa, por delegación, es decir, que hacía sus veces un inteligente jardinero.

Los árboles podados, las calles limpias sin una mata de hierba parásita, los perfiles cortados y rectilíneos, la arena de las plazoletas sentada á rodillo.

Era, en fin, un parque irreprochable, digno de aquel castillo; un parque como convenía á una sucursal del cielo.

El conde estaba encantado.

Todo aquello eran circunstancias para que apreciase la longevidad de la canonesa.

Pasaba á la sazón por delante de la gran puerta de hierro, cuando vió que se detenía un carruaje.

Era un coche particular, como sólo podían usarle personas relacionadas con Dios.

Se exhalaba de él cierto misticismo, y parecía destinado á llevar las almas al paraíso, por lo menos al purgatorio.

Es decir, que allí no podían entrar almas enteramente condenadas: en esto se apartaba de la barca de Caronte.

Iba tirado por dos robustas mulas, que, según su reluciente pelo, debían atracarse de cebada en la caballeriza de alguna abadía.

Sobre las portezuelas se destacaba un escudo con báculo y cayado, que remataba en una bola y en una cruz.

El conde, que no estaba muy fuerte en heráldica religiosa, no pudo reconocer el blasón que usaban los canónigos de Roncesvalles, de donde, al parecer, procedía el coche.

El que le guiaba iba vestido de negro y olía á *ore-mus* desde un cuarto de legua.

Debía dirigir á las mulas antífonas en vez de vigorosas interjecciones.

Abrióse una de las portezuelas, y descendió al camino una mujer cubierta con sendas tocas negras.

Era joven y hermosa: una toquilla blanca rodeaba su rostro, como la que usan las monjas, que parece tomada de las hebreas de la Biblia.

Sin embargo, no debía ser religiosa profesa, porque éstas no andaban en aquella época de *bureo*, como las hemos visto en la nuestra.

Aquella mujer parecía la humildad personificada;

apenas alzaba los ojos del suelo, como si buscase en él alguna cosa que se le hubiese perdido.

Al hablarla, recelaba uno que le contestase una oración.

Colgaba de su cintura un largo rosario de gruesas cuentas, adornado con un cristo de latón, que bien pesaría libra y media.

Por lo demás, estaba negro, como toda imagen de Cristo debe estarlo: el uso les da esta propiedad.

Aquella mujer se aproximó á la puerta, detrás de cuyos barrotes debió *oler* un hombre, porque era imposible que pudiera verle.

Sólo atisbaba lo que pisaban sus pies.

Con una voz que parecía uno de los registros medios de un órgano entonando vísperas, preguntó:

—¿Tenéis la bondad de decirme si es éste el castillo de Irusteta?

—El mismo,—contestó el conde inclinándose.— Propiedad de la canonesa doña Úrsula de Rute y Aldama.

—Exactamente; pero no está.

—¡Ah! ¿Lo sabéis?

—Vengo de su parte.

—¿De Roncesvalles?

—¿No conocéis el coche de la colegiata?

—Es la primera vez que tengo el gusto de verle.

—¿Sabéis si está en el castillo su sobrino el señor conde de la Estrella?

—Estáis hablando con él.

—¡Ah! ¿Sois vos?—exclamó la beata con cierto ademán de respeto.

—A vuestro servicio.

—Entonces, tomad; la señora canonesa me ha dado esto para vos.

Y aquélla, sacando una carta de una limosnera, se la entregó al conde por entre los hierros.

Antes de leerla hizo que un criado abriese la verja, y habiendo pasado al parque con la beata, la invitó á tomar asiento en un banco de piedra.

Esta se retiró un paso, exclamando:

—¡A vuestro lado y en vuestra presencia, jamás!

—¿Por qué?

—¡Soy una humilde criada, señor!

El conde no insistió, creyendo rebajar su dignidad, por más que se tratase de un criada tan mística.

Lo que hizo fué permanecer en pie.

En esta actitud abrió la carta.





CAPITULO LXXII

Para obsequiar al obispo.



U contenido era el siguiente:

«Querido sobrino: Nos encontramos á última hora con que viene el señor obispo á presidir nuestro capítulo.

»¡Qué gloria para todas las canónicas de la provincia!

»Pero no había ningún preparativo, porque se ha presentado de improviso.

»Cada cual hace lo que puede: yo me he acordado de esa vajilla que has traído de Madrid, y que aun está embalada, y te suplico me la remitas en seguida: aquí se va á lucir, dando motivo á que se hable de ti un poco.

»La dadora es persona de confianza; sirve en calidad de doméstica á nuestra superiora, y está haciendo los ejercicios para tomar el velo en un convento de clarisas de Pamplona.

»Al efecto, te mando uno de los carruajes de la casa.

»Confío en que dejaremos el pabellón bien puesto, en honra y gloria de Dios, del señor obispo, y de tu tía, que te quiere y te bendice,—ÚRSULA.»

¿Es necesario que expliquemos que se trataba de lo que hoy se llama *un timo*?

Creemos que el lector lo habrá comprendido todo.

Aquella mística y humilde sierva que iba á tomar el velo en un convento de clarisas de Pamplona, no era otra que la Capitana Gertrudis, y el cochero que arreaba á las mulas en latín, su prometido Jorge.

Se trataba de uno de aquellos golpes de ingenio á que era tan aficionada y disponía tan bien.

Su plan era el siguiente:

No dudaban que el conde se apresurase á complacer á su tía remitiéndola la vajilla; pero era probable que la hiciese acompañar por uno ó dos criados de la casa.

En la previsión de que sucediese así, habían apostado en cierto sitio del camino, á propósito para el ob-

jeto, seis hombres de la banda, que debían simular un ataque al carruaje, suprimiendo á los infelices criados para que no pudieran hablar.

En cuanto al coche, era uno cualquiera que habían aderezado el día antes, poniendo en las portezuelas el escudo de la colegiata de Roncesvalles.

El plan no era malo, y sus resultados debían ser excelentes.

Pero el conde les iba á allanar el camino con su estupidez.

La vanidad de lucirse con su vajilla hizo que no reparase en la carta.

Estaba escrita con caracteres grandes y gruesos, como escriben todas las viejas que ven poco.

Y escriben así, por lo mismo que las sordas hablan en alta voz.

El conde apenas conocía los caracteres de la anciana: en realidad, bien podían ser suyos.

El aspecto místico de aquella joven, que parecía tener ya un pie en el paraíso, no le hizo pensar en la conveniencia de que entrasen en el coche dos criados para cuidar de la vajilla.

¡Bah! ¿Para qué?

Una joven que iba á tomar el velo, y un cochero de aspecto tan irreprochable, ¿habían de ser dos solemnes bribones?

Además, el conde no pensaba en foragidos ni en nada, más que en la carta que tenía en la mano, en este renglón saliente, que lisonjeaba su vanidad:

«Aquí se va á lucir (la vajilla), dando motivo á que se hable de ti un poco.»

Pero un hombre con quien hablaba el monarca, ¿tenía necesidad de que se ocupasen de él un obispo y unos canónigos?

La estupidez humana es así: á los necios les gusta lucir lo que tienen aun delante de personas que poseen más que ellos.

El conde no pensaba más sino en que la vajilla *iba á dar golpe*.

—¿Conque va el señor obispo?—preguntó á la hermana en tono complaciente y comunicativo.

—Sí, señor,—contestó aquélla, mirándole, aunque sin levantar los ojos.

Y debió decir para sus tocas:—«Te has clavado.»

—¡Es una honra para el capítulo!

—¡Que pocos prelados conceden!

—¿Sabréis lo que me dice mi tía?

—Absolutamente.

—¿No os ha explicado?...

—Únicamente me ha dicho que me entregaríais un cajón; que le colocase en el carruaje con cuidado, y que ejerciese gran vigilancia sobre él: esto es todo.

—¡Qué previsora es la buena anciana!—murmuró el conde en voz baja.—Sin embargo, me escribe que es persona de confianza...

Luégo, alzando la voz, añadió:

—Seguidme al castillo, y almorzaréis: afortunadamente el cajón está preparado.

—Os seguiré si es necesario; pero, dispensadme, no puedo tomar nada.

—Pues ¿cómo?

—Porque ayuno.

—Hoy no es día de precepto..., ¡á lo menos que yo sepa!

—Para mí lo son todos los días del año.

—¡Ayunáis todos los días!

—¡Todos!... Y aun así, desconfío de mi salvación.

—¡Eso es hacer muy poco favor á Dios, que es la misma misericordia!

—¡Es tan mala..., tan pecaminosa la criatura!

El conde estuvo por caer de hinojos y besar el ribete de su hábito.

Aquella mujer era una santa... Más que la canonesa, que no ayunaba más que los días de precepto.

—Pues bien,—dijo el conde señalando el banco:—descansad, ya que no queréis tomar nada; entre tanto yo dispondré que los criados bajen aquí la caja.

Y se alejó, mientras la hermana empuñó el rosario, como quien se dispone á rezar.

Por su parte, Jorge representaba muy bien su papel en el pescante, dando algunas cabezadas.

Un cochero tiene la obligación de dormirse cuando está solo, á los cinco minutos de haber parado el carruaje.

Esto es de rúbrica.

No había nadie en el jardín ni en el camino; pero ellos no lo sabían.

Era preciso llevar la ficción hasta el extremo de engañarse ellos mismos.

Así no podían sospechar los demás.

Gertrudis rezaba tal vez, si es que recordaba aún alguna oración.

Así pasaron unos diez minutos, al cabo de los cuales la Capitana oyó rumor de pasos que se acercaban.

Pero ni volvió la cabeza, ni tan siquiera levantó la vista del suelo.

Parecía que estaba contando los granos de arena que había delante del banco.

El conde tuvo necesidad de llamarla la atención.

—Vamos, hermana,—le dijo.

Gertrudis se levantó.

Dos criados precedían á aquél, conduciendo una caja grande, cuyo peso les hacía sudar.

No fué dueña de contener un estremecimiento de alegría, y abandonando su rosario, pensó:

—¡Esto debe valer un dineral!

Los cuatro se dirigieron hacia el carruaje.

Jorge hizo lo que la falsa monja: aunque los vió llegar siguió haciendo que dormía, hasta que el conde le tocó fuertemente en las piernas, diciéndole:

—¡Eh, amigo..., baja, y nos ayudarás!

Aquél descendió del pescante, frotándose los ojos con ambas manos.

Había en la parte posterior del carruaje un compartimiento que se abría y se cerraba con su llave, destinado á llevar efectos.

El conde quiso que se depositase allí el cajón, pero la hermana se opuso.

—¿Por qué?—exclamó aquél.—Aquí era mejor que en ninguna otra parte.

A lo que contestó la joven con una tenacidad puramente mística:

—La señora canonesa me ha encargado que ejerza la mayor vigilancia sobre el cajón, y mal puedo ejercerla si no le tengo á la vista.

—¡Bien guardada va mi vajilla!—exclamó el conde por lo bajo.

El cajón fué colocado sobre el asiento delantero; la Capitana ocupó el otro, y Jorge subió al pescante y empuñó las riendas.

Gertrudis esperaba que le acompañasen los dos criados; pero viendo con alegría que uno de ellos cerraba la portezuela, preguntó al conde:

—¿Podemos partir?

—Cuando gustéis,—contestó aquél, añadiendo:— Dad mis recuerdos á la señora canonesa.

—De vuestra parte, señor.

Jorge aplicó la fusta á las mulas, que arrancaron al trote, como si el carruaje fuese de pluma.

Gertrudis, abandonando su máscara, lanzó una carcajada, y exclamó:

—¡Pues, señor, ese conde es un imbécil!... Lo mismo nos hubiera entregado el castillo, si cupiera en el carruaje.

Entre tanto, el conde, al perderle de vista, decía:

—¡Qué diablo! Es lo menos que se puede hacer por un obispo. ¡Qué rato va á pasar mi tía cuando exhiba la vajilla ante su ilustrísima! Dice que se hablará un poco de mí... ¡Ya lo creo!..., porque la vajilla no puede menos de llamar la atención. Celebro el haberla traído con tanta oportunidad.

El infeliz no sabía que aquella oportunidad era para no volver á verla.

Por orden de la Capitana, el carruaje se dirigió hacia Hernani, entrando en un gran corralón, propiedad suya, establo de vacas al cuidado de la mujer de uno de los de la banda, que iba todos los días á la villa á vender la leche.

Aquél era una guarida disfrazada, uno de los apeaderos que la Capitana tenía cuando necesitaba descansar.

Una vez dentro de la casa, desclavaron el cajón y fueron sacando las piezas.

La vajilla era una obra maestra del platero Germain: bien valía los ciento cincuenta mil francos que había costado.

Los dos bandidos estaban absortos ante aquella riqueza.

—¡Es preciso que ese hombre sea eminentemente estúpido para haber entregado esto á una persona desconocida! — exclamó Jorge.

— Sin saberlo, ha salvado la vida de los dos hombres que nos hubieran acompañado.

— Es verdad: ¡más vale así! He observado que salen mejor los negocios donde no se derrama sangre.

— ¡Bah! ¿Qué más da? Es una preocupación. Los animales se destruyen unos á otros.

— Acaso han aprendido de los hombres.

— ¡Parece que te has vuelto filósofo!

— Confieso que á veces me ocurren extrañas ideas.

— ¡Con tal de que no te hagan olvidar tu deber!

— ¡Nunca!... Ya lo sabes.

— En ese caso te acordarás que mañana tienes que ir á Hernani á las diez; tengo un convidado á almorzar.

— Pero ¿tú crees que ese mozalbete asistirá á la cita?

— Lo ha prometido, y me parece muy capaz de cumplir las palabras que da.

— Lo ha prometido por baladronada: es un fanfarrón.

— ¡Es un hombre! Ya viste su conducta hace tres noches: él y sus compañeros estaban en nuestro poder...; ignoraba los que estábamos allí, pero debía suponer que éramos bastantes para vencerle. Sin embargo, quería desarmarse, entregándome sus pistolas; después nos insultó, y concluyó burlándose de nosotros. Te digo que es un hombre, de quien yo haría de buena gana mi segundo.

— ¡Parece que hablas de él con mucho calor!

—Ya sabes, Jorge, que no me gustan los hombres celosos.

—Está bien; iré mañana á Hernani.

—No te olvides de vendarle los ojos..., por más que de él no recelo una traición.

—Supongo que asistiré yo al almuerzo.

—Pues supones muy mal:

—¡Gertrudis!

—Lo dicho; no eres necesario.

—¡Tú sola con él!...

—¿Y qué?

—La otra noche no separaba sus miradas de tu rostro.

—No le encontraría feo: ¿qué mal hay en ello? ¿No te ha gustado á ti también?

—¡Oh!

—Mañana estarás tú abajo...; pero oigas lo que oigas, y veas lo que veas, ten cuidado con lo que haces: ya sabes que no me gustan las imprudencias, y que las castigo.

—¡En este momento estás cometiendo una!

—Oye, Jorge; me he jurado á mí misma que ese joven volverá á Hernani sin un arañazo, y... volverá.

Jorge bajó la cabeza, no pudiendo resistir la feroz expresión de aquella mirada.

Era el león fascinado por el domador.

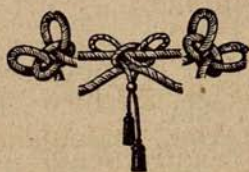
Después, por mandado de Gertrudis, fué á dar la orden de retirarse á los bandidos que esperaban en el camino de Roncesvalles.

Luégo que desapareció de su presencia, Gertrudis cayó sobre un banco, exclamando:

—¡Siempre con los mismos celos! Pero ¿quién si no él puede casarse conmigo?

Después, dejando soñar su fantasía, dijo:

—¡Oh! ¡Si ese joven quisiera pertenecer á la banda!..., entonces..., ¡entonces variarían mucho las cosas!





CAPITULO LXXIII

El juego de los despropósitos.



El conde pasó todo aquel día y el siguiente pensando en el obispo y en su vajilla.

Por la noche soñaba con aquél y con ésta.

Seguramente que ningún conde pasó en el mundo horas más felices, ni aun el mismo conde de Cabra, cuya leyenda cantaban las muchachas en el corro.

La vanidad hace tales milagros, y un hombre puede ser feliz con tal de que se lo imagine.

Tuvo que hacer grandes esfuerzos para no trasladarse á Roncesvalles en uno de aquellos vetustos carruajes que se encerraban en las cocheras del castillo.

Su presencia hubiera causado un gran efecto entre el obispo y la canonesa.

Su tía hubiera dicho:

—Vedle, ése es el hijo de mi hermana, y por ende sobrino mío.

Pero el conde no reflexionaba que esto no resolvía ningún problema importante, y que el mundo seguiría lo mismo que antes.

Además, tampoco reflexionó en lo probable que era que, á causa de su elevada jerarquía, el obispo hubiera comido en casa de algún magnate, propietario de una vajilla más rica aún.

Esto era empequeñecer á los demás, para encumbrarse él.

De cualquier modo, deseaba que llegase su tía para que le enterase de lo sucedido en el capítulo, no dudando que el ilustre prelado hubiera concedido muchas indulgencias á todos los que comiesen en aquella vajilla que él remitió.

Al efecto tenía formulado en su imaginación un cuestionario de preguntas que dirigir á la buena canonesa.

Y por la ley de los contrastes, los criados estaban temblando que llegase el día de su regreso, y con él las novenas, las antífonas y los trisagios.

No hubieran llevado á mal que el capítulo se declarase en sesión permanente por espacio de un mes ó dos.

La canonesa no hubiera reconocido á su servi-

dumbre, á fuerza de ver á sus servidores tan gordos y colorados.

Es muy cierto el refrán que dice que cada santo pide para su ermita.

Y también es verdad que nunca llueve á gusto de todos.

Como todo llega en el mundo, llegó por fin el día designado para el regreso.

El conde pedía á Dios que no se rompiese ninguna rueda del carruaje, mientras no quedó un solo criado que no le pidiera que se rompiesen las cuatro.

El conde se colocó en la verja del parque antes de amanecer, aun sabiendo que la canonesa no podía llegar hasta las doce.

Pero no podía moderar la impaciencia que le devoraba.

Como si por eso hubiera de llegar antes.

Hizo que le sirvieran allí el chocolate y el almuerzo.

Cada segundo miraba su reloj y se le aproximaba al oído, creyendo que se había parado.

No comprendía la parsimonia del tiempo, y censuraba á Dios porque no precipitaba su curso á lo menos en aquel día.

Tambien se le figuró que las caballerías andaban con demasiada lentitud.

La electricidad aplicada á la locomoción se le hubiera figurado pesada.

Se levantaba, se sentaba y paseaba.

Las gentes de Hernani que le veían desde el camino, tal vez le tomaban por loco.

Ello es que el conde no debía sentirse muy bien; aquel desasosiego no era natural.

Se iniciaba en él esa calentura que conduce á *la camisa de fuerza*, que hace de un ser inteligente un pobre insensato.

Ya no pensaba en su esposa, ni en Juan de Zúñiga, ni en el rey, ni en la corte; para él en aquel momento no existía más que su tía; ella encerraba su mundo; ella era los límites de su horizonte, su único objetivo.

Si á la sazón le hubieran dado la noticia de su muerte, el conde hubiera muerto también, á pesar de sus pujos de heredero.

Tal es el hombre: hoy le enoja lo que deseaba ayer ardientemente; en un momento puede convertirse para él la dicha en desventura, en placer, en dolor.

Compadezcámosle.

Al fin el ruido de un carruaje le hizo salir en medio del camino.

Eran las doce en punto, hora en que debía cumplirse la última parte del programa.

Por la cuesta de la carretera avanzaba un pesado vehículo, al que arrastraban dos arrogantes mulas.

Luégo que lo permitió la distancia, reconoció al cochero de la canonesa.